

EL MEJOR REGALO

Por *Leona Minchin*

ESTEBAN salió con su monopatín anaranjado, dio una carrera alrededor de la esquina y entró por el camino de acceso a la casa. Pasó zumbando junto a su hermana Gertrudis y se detuvo.

-¿Te das cuenta, Esteban, que falta sólo una semana para Navidad? -dijo ella mirando a su hermano-. Vayamos esta mañana a comprar nuestros regalos.

Esteban y Gertrudis vivían a unos trescientos metros de la tienda donde muchas veces habían ido para hacerle algún mandado a su mamá.

Sus abuelos les habían enviado diez pesos de regalo a cada uno para que en la Navidad los gastaran como mejor les pareciera. Gertrudis guardó su dinero en su bolsito rojo mientras que Esteban tomó su billete nuevito y lo puso en su billetera,

-Ojalá que las Navidades fueran más frecuentes -dijo Gertrudis, sonriendo a su hermano mientras se abotonaba su chaqueta de lana.

-Tenemos bastante suerte -respondió Esteban, abrigándose las manos con sus mitones-. Yo sé exactamente lo que quiero comprar.

Las vidrieras estaban llenas de regalos, y los niños se quedaron mirándolos durante un buen rato. La gente caminaba apresuradamente de un lado a otro con sus brazos llenos de paquetes. Todos parecían estar muy contentos.

-Allí está el camión que quiero -anunció Esteban y sus ojos le brillaban mientras caminaba apresuradamente hacia el departamento de juguetes.

A Gertrudis ni siquiera le llamaron la atención los juguetes. Ella eligió un hermoso par de guantes de color castaño, que eran en parte de lana y en parte de cuero.

"Estos son precisamente los que mamá necesita para mantener sus manos calientes cuando conduce el auto", se dijo Gertrudis. Y colocó los guantes en su canasta de compras.

"Ahora tengo que encontrar algo para mi hermanito Timoteo. A él le va a gustar uno de esos animalitos de felpa". Y pensando en eso, Gertrudis se dirigió a una mesa llena de diferentes clases de animalitos. La mayoría de ellos estaban dentro de una bolsa de plástico. "¡Qué precioso osito! ¡A Timy le encantará!" Tomó entonces un osito amarillo que estaba fuera de la bolsa de plástico, y se lo acercó a la cara para sentir su suavidad.

Cuando Gertrudis pensó en el rostro de Timoteo, le invadió un sentimiento de ternura... y pudo anticipar ese rostro iluminado de felicidad cuando recibiera el osito.

Sacando la lista de su carterita roja marcó o tildó el nombre de la madre y el de Timoteo. "Ya tengo el regalo para papá, de modo que sólo me falta el de Esteban". Entonces se detuvo a contar el dinero. "Todavía me quedan cuatro pesos y sesenta y cinco centavos". (Eso era cuando el dinero tenía más valor.)

Gertrudis sabía lo que a Esteban le gustaba. Fue al mostrador donde estaban los cortaplumas. "Este es el que dijo que le gustaba a él",. Cuando la vendedora le pasó el cortaplumas de color castaño, ella le sonrió. Todavía le quedaba suficiente dinero para comprar una caja de lápices de colores para ella. Esteban todavía estaba en la sección de los juguetes. Ella le echó una mirada. Notó que tenía en la mano una bolsa grande con un bate de béisbol que asomaba por arriba. En ese momento él vino a donde ella estaba.



-Esteban, yo ya terminé todo -dijo levantando la bolsa con los paquetes-. Qué divertido ha sido, ¿no es cierto?

Esteban apoyó su bolsa sobre el mostrador.

-Yo conseguí lo que quería. Vayamos a casa. Estoy cansado.

Los chicos salieron de la tienda y se encaminaron hacia la casa.

-Apenas puedo esperar a que llegue Navidad. Esta noche envolveré los regalos y los colocaré debajo del arbolito -comentó Gertrudis mientras corría y saltaba a lo largo de la acera.

Esteban frunció el ceño. Llevaba su bolsa de juguetes como si le pesara demasiado. Cuando ambos llegaron a la casa, él se encaminó directamente a su cuarto del segundo piso.

-¿Sabes, mamá? -anunció Gertrudis colocando su bolsa sobre la mesa de la cocina-, me divertí mucho comprando regalos. ¿Puedo envolverlos ahora?

Por fin llegó la Nochebuena, y Gertrudis no cabía en sí de entusiasmo. Apenas podía esperar el momento en que se repartirían los paquetes.

-Navidad es la época más feliz del año -dijo mientras apretaba entre sus brazos a su hermanito Timoteo, que sonreía y con sus manecitas regordetas daba palmadas como si hubiera entendido lo que Gertrudis quería decir.

Finalmente se habían repartido todos los regalos. Gertrudis echó una mirada para ubicar a Esteban. Este estaba sentado en un rincón, solo, rodeado por sus regalos. A Gertrudis le pareció que su hermano no se sentía bien. Ella se había sentido tan feliz con sus propios regalos que no había notado que su hermano estaba allí, solo, arrinconado.

-¿Te gustan tus regalos, Esteban? Yo recibí muchas cosas lindas -dijo acercándose a su hermano.

-No, a mí no me gustan mis regalos.

Y al decirlo, Esteban dio un puntapié a su nuevo camión haciéndolo rodar hasta el otro extremo de la habitación y tiró su guante de béisbol debajo de la silla. A mí no me gusta Navidad.

-Esteban, ¿estás enfermo? ¿Por qué no te gustan tus regalos de Navidad? -le preguntó Gertrudis asombrada.

-¡Estoy disgustado! Estoy disgustado conmigo mismo. Yo no le di nada a nadie, sino que gasté todo el dinero para mí.

Y de nuevo dio un puntapié a una caja que se deslizó sobre el piso.

-Esta Navidad ha sido muy fea, pero el año que viene será diferente. No seré tan egoísta -explicó.

En eso el padre de Esteban se acercó a él.

-Das la impresión de que la Navidad no ha sido una ocasión muy feliz para ti, hijo.

Esteban no levantó la vista, pero se corrió un poco más en su rincón.

-Supongo que las personas egoístas no se divierten mucho -dijo.

-Tal vez tu mejor regalo de Navidad es la lección que has aprendido de que, "más bienaventurado es dar que recibir" -y el papá colocó una mano comprensiva sobre el hombro de Esteban y le sonrió de hombre a hombre.